

MARIA Y LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

FR. RAFAEL BURGALETA, O. P.

Ante el problema de la unidad cristiana la figura de la Virgen adquiere un relieve especial. Podemos considerarla como inspiradora del espíritu ecuménico, como objeto de diálogo con los hermanos separados y como modelo de actitud abierta ante los demás cristianos.

El movimiento ecuménico es una gracia del Espíritu Santo, que actúa en las comunidades eclesiales por encima de nuestras personales resistencias. La búsqueda de la unidad es, por tanto, una prolongación de Pentecostés. Una prolongación en la que actúa la oración de María, que repite la plegaria de Cristo en favor de la unidad en el amor. La actitud de la Virgen constituye un ejemplo para el cumplimiento de nuestra vocación cristiana: perpetuar a Cristo a través de nuestras vidas. No basta que Cristo haya orado por la unidad, si nosotros no hacemos nuestra esa intercesión, actualizándola y viviéndola.

¿Es realmente María una "piedra de escándalo" en el camino de la unidad? Muchas veces los cristianos de las diferentes iglesias hemos utilizado su figura como recurso en una apologética de poca altura. Los católicos solíamos fácilmente calificar a los protestantes de "enemigos de María"; ellos, a su vez, nos llamaban con evidente injusticia "adoradores de la Virgen". El tiempo de las contiendas apasionadas ha terminado para dejar paso al diálogo sereno y objetivo. Serena y objetivamente es menester reconocer que la doctrina acerca de María no ha sido nunca un punto de discrepancia profunda entre las iglesias. Ha venido a ser más un argumento de galería que un obstáculo serio. Es cierto que la postura protestante ante el misterio de la Virgen no coincide en muchos puntos con la nuestra. Pero no es menos cierto que la raíz de la discrepancia se encuentra en la distinta solución que damos al problema de la justificación y de la cooperación del hombre con la gracia de Dios.

Siguiendo el ejemplo del Concilio, los católicos hemos de subrayar la dependencia de María con respecto al misterio del Señor y, al mismo tiempo, evitar toda expresión imprudente que pueda deformar a los ojos de los hermanos separados el verdadero rostro de nuestra devoción mariana. No hemos de disimular en modo alguno nuestra doctrina acerca de los privilegios de la Virgen, tan solemnemente ratificados en los dogmas de la Inmaculada Concepción y